

Romeo Salinas

Un poema chino de la época Tang



ALGUNOS sinólogos han sostenido, y creemos que con justificada razón, que China es una abuela venerable de la civilización y de la cultura humana. Sin duda alguna, en este laboratorio de sorprendentes creaciones, acaso el más antiguo de todo el mundo, se forjaron valores espirituales, artísticos, filosóficos y aun científicos mucho antes que los antepasados de los actuales europeos abandonaran el estado semisalvaje que los ataba a las selvas de ese continente. Por lo menos una observación semejante hacía Goethe al terminar la lectura de una antigua novela china.

Las primeras manifestaciones del arte poético, en ese lejano país, aparecen cinco mil quinientos años antes de nuestra época.

En efecto, los primeros poemas que se conservan todavía fueron escritos por el emperador Yao (2357 a. de J. C.). Uno de ellos fué adoptado como Himno Nacional por la revolución que estableció la República en el más antiguo imperio de la tierra.

El camino que ha debido recorrer este género literario a través de la historia apasionante de la China, se ha comparado por algunos críticos con el maravilloso crecimiento de las plantas: las trescientas once odas del Shi Ching se consideran como la raíz de la poesía china. Esta obra es una selección atribuída a Confucio de trescientas once baladas, canciones e himnos religiosos de un to-

tal de tres mil que se había coleccionado entre los siglos XVII y X a. de J. C.

En el siglo IV antes de nuestra era, Chu Yuan derramó sus lágrimas sobre el papel en el romanticismo incomparable del Li Sao; el llanto se desborda hacia la tierra, la fecunda y revientan los primeros brotes.

En el siglo II antes de nuestra era, los poetas de Wu Ti, de Su Wu y de Li Ling dan consistencia a estos primeros brotes, y algunos siglos más tarde, en tiempos de Kien An y de las Seis Dinastías, aparecen el tallo, las ramas y las hojas.

Y las ramas se cubren de flores y de frutos en la época Tang, la Edad de Oro de la poesía china. En esta era de brillo excepcional, que comprende los siglos VII, VIII y IX de nuestra era, la poesía del Celeste Imperio alcanza su completa madurez. Cerca de dos mil doscientos poetas enriquecen la literatura china con más de cuarenta y ocho mil composiciones, muchas de ellas dignas de figurar entre las obras maestras de la literatura universal.

Entre los más grandes poetas de esa época figuran Li T'ai-po y Tu fu. Hasta ahora no se ha determinado en forma definitiva cuál ocupa el primer lugar. Hay críticos occidentales que atribuyen la supremacía a Li T'ai-po, tal vez porque este poeta es el más conocido entre ellos por el hecho de haber alcanzado un mayor número de traducciones, tanto en Europa como en América. Cuando dos águilas, dicen los chinos, se elevan hasta perderse de vista, ¿quién puede afirmar cuál de las dos vuela más alto? Y en esta forma sencilla dan solución a una controversia que muchas veces ha apasionado la serenidad de los espíritus.

Li T'ai-po y Tu Fu fueron dos bohemios y vagabundos incorregibles. Sin embargo, su vida aventurera no les impidió llegar a ser los más grandes maestros de la poesía china de todos los tiempos. Muy cerca de ellos es preciso colocar a Po Chu-yi (772-846 d. de C.), el más popular de los poetas de la época Tang y que pertenece a la generación inmediatamente posterior a la de Li T'ai-po.

Su obra maestra es *La Canción de las Desgracias Interminables*.

En este poema, que alcanzó en el Celeste Imperio una popularidad nunca vista, se narran los desgraciados y trágicos amores del emperador Ming Huang o Hsuan Tsung, que gobernó de 712 a 756 d. de J. C., y de su hermosa favorita Yang Kuei-fei.

Enceguecido por su incontrolada pasión, Ming Huang, que puede considerarse como el más grande de los mecenas orientales, abandonó las riendas del imperio, y en el palacio de Li sólo atinó a llevar una vida de placeres al lado de su favorita y de sus cortesanos. Li T'ai-po y Tu Fu habían sido llamados a la corte para que cantaran la belleza de la divina Yang.

Se ha comparado a Yang Kuei-fei con Madame Pompadour por la majestad de su belleza y a la reina María Antonieta por su trágico fin.

En efecto, la tradición china conserva en numerosas obras literarias el recuerdo de esta favorita, que fué más bien una flor de los jardines de Versalles del siglo XVIII que una princesa del Celeste Imperio del siglo VIII. Según estas tradiciones, su muerte fué exigida por una implacable insurrección que la obligó a poner fin violentamente a su existencia, estrangulándose con una cuerda de seda roja en un templo budista. Según otras versiones, y esta es la aceptada por Po Chu-yi en su celebrado poema, Yang Kuei-fei fué arrollada despiadadamente por los cascos de los corceles de los amotinados.

La traducción del poema de Po Chu-yi, que va a continuación, da a conocer, aunque imperfectamente, algunas de las múltiples bellezas de esta joya de la literatura china. La forma en que se presenta esta versión ha tratado de conservar, en lo posible, la estructura y distribución de cada uno de los versos originales, y es tan fiel a ellos cuanto nuestro idioma puede permitirlo.

LA CANCION DE LAS DESGRACIAS INTERMINABLES

Destellos celestiales brotaban de su divino rostro.

Y en el espíritu del Emperador de la China aquella imagen quedó

esculpida para siempre,
sobreviviendo al lapso pasajero de un sueño.
Y desde esa rápida visión, extrañas ansiedades y congojas desgarraron el corazón del Hijo del Cielo.
Y todo el imperio parecía compartir las inquietudes de su monarca.
Y llegó por fin una mañana luminosa.
Las brumas que emsombrecían el Trono del Dragón, se disiparon.
Y una doncella, de la familia de los Yang, fué destinada al palacio imperial.
Era frágil como el lirio y delicada como los almendros en flor.
El cielo había derramado sobre ella sus dones más preciados.
Y bastaba con verla sonreír para sentirse atraído por la magia irresistible que emanaba de su ser.
A su paso, las lacas y las gemas, los esmaltes y los jades de los Seis Palacios paledecían y se esfumaban, desvaneciéndose en la nada.

* * *

La tierra comenzaba a cubrirse con la túnica de la primavera.
En el estanque de Las Flores Inmaculadas, la divina Yang se sentía transportar a mundos irreales, acariciada por las aguas translúcidas.
Y cuando lánguidamente iba abandonando el lago de cristal, el Señor de los diez mil años pudo admirarla en toda la plenitud de sus hechizos.
Subyugado por su belleza incomparable, la dió a conocer en los cuatro ámbitos del imperio como su esposa favorita.
Velos transparentes, bordados de lotos y de malvas, protegieron, desde ese instante, la nube de sus cabellos, los pétalos de sus mejillas y su brillante corona de oro.
Y el Emperador de la China, enceguecido por su incontenible pasión, lo abandonó todo.

Y al lado de la mujer más hermosa del Tien-u-ca, en medio de espléndidos festines, las horas se iban hundiendo en el correr inexorable del espacio y del tiempo.

Y las horas se hundían en el tiempo junto a su amada de la primavera, junto al déspota de sus noches.

En los atardeceres, en la Alcoba Dorada, enjambres de doncellas adornaban con sus mejores galas a la divina Yang Kuei-fei.

Y cuando levantaban las mesas del festín en la Torre de Jade, los pasos de la favorita se deslizaban suavemente.

Parecía caminar, iluminada todavía por el vino escanciado en vasos primorosos.

Parecía caminar, iluminada por las cálidas estrofas que los más grandes vates de la China cantaran en su honor.

* * *

Alto, muy alto, se erguía el Palacio de Li.

Sus imponentes torres solían rozar las nubes azules.

Y en la regia mansión,

resplandeciente de jade y de marfil, de púrpura y de oro,

los ojos del Emperador nunca se cansaban de admirar la espléndida belleza de su favorita.

Mas, inesperadamente, los tambores guerreros, amenazantes y lígubres, resonaron camino de Yu Yang.

Sus fieros redobles hicieron temblar la tierra.

Y en el Palacio de Li el fragor de la guerra,

extinguendo los coros y las danzas,

enmudeció los kin

y las flautas de jade y de bambú.

La Ciudad Prohibida y el Palacio de los Nueve Recintos quedaron

bajo el polvo levantado por los corceles,

y bajo el polvo levantado por los carros de guerra.

Los estandartes imperiales tremolaban a la cabeza de las buestres de

Ming Huang.

Pero a mil quinientos li de la soberbia capital, hubieron de detenerse.

Hordas enfurecidas y salvajes de implacables amotinados les cerraban el paso.

Y nadie pudo avanzar, hasta que los cascos de los fieros corceles pisotearon aquellas cejas enarcadas como las alas de la golondrina.

Los alfileres, que adornaban la nube de sus cabellos, cayeron en la tierra empapada de sangre sin que nadie osara recogerlos.

El Emperador sólo atinó a cubrir su rostro con sus dedos enjorjados por las lágrimas.

Y cuando sus ojos pudieron clavarse en el sitio de la espantosa tragedia, aquel lugar de maldición y muerte estaba ya cubierto por el polvo amarillo.

* * *

Los guerreros cruzaron el horizonte por la cumbre de la Torre de la Daga, bajo la mirada inquieta de la montaña de O-mei.

Los pendones y banderas iban perdiendo sus colores ante el sol que marchaba al ocaso.

Pero así como las aguas del Shu son siempre verdes y sus montañas siempre azules,

así el amor del Hijo del Cielo era invariable y más profundo que los días.

Y desde su palacio desolado oía caer las gotas de la lluvia y la melancolía de la tarde desgarraba su corazón.

Y desde su palacio desolado contemplaba la luna pálida, que arrojaba su luz sobre la tierra en que yacía sepultada aquella angustia, aquel recuerdo lacerante.

¿Dónde estaba su rostro semejante al jade blanco?

¿Dónde el cielo de sus ojos?

Y príncipes y dignatarios, y cortesanos y guerreros cabalgaban lentamente hacia la capital, escondiendo el dolor que destrozaba sus entrañas en los pliegues de sus túnicas de duelo.

* * *

El Palacio, los estanques, los jardines, todo estaba igual.

Igual los ibiscos del lago T'ai-yi.

Igual los sauces de Wei-yang.

Y los pétalos eran semejantes a su rostro y las hojas de los sauces, a sus cejas.

¿Qué restaba entonces al Emperador?

Únicamente, estallar en sollozos, uniendo su dolor a la desgarradora melancolía de los atardeceres.

* * *

Las hojas secas de las frondosas lacas se habían dispersado después de las primeras lluvias otoñales,

y un musgo tardío había recubierto el granito de los Palacios del Este y del Sur.

En las escalinatas de mármol se hacinaban las hojas.

Los músicos favoritos del Jardín de los Perales, envejecían.

Y los eunucos de delgadas cejas vagaban por el Jardín de los Pimientos como las hojas muertas.

Sobre el trono, las mariposas nocturnas revoloteaban torpemente, mientras el Emperador permanecía en vela en la obscuridad.

Y la mecha de su lámpara se iba terminando sin que lograra conciliar el sueño.

Las campanas y los tambores lejanos señalaban las horas.

Y las horas parecían arrastrarse con desesperante lentitud.

La vía láctea se tornaba agresiva antes del amanecer.

Y los ánades de mármol soportaban indiferentes las dentelladas de la escarcha.

Sólo para el Emperador su lecho era más frío cada vez.

Y con la distancia entre la vida y la muerte, aumentada por los años, su soledad era más cruel.

* * *

En el vetusto templo de Ling-chun un santo monje taoísta tenía su morada.

Los espíritus del Reino de las Sombras, en las altas horas de la noche, obedecían a los exorcismos y conjuros de este huésped de los cielos.

La melancolía de Ming Huang acongojaba a todo el pueblo.

Y el pueblo dijo al monje:

—Desentrañad el misterio que ensombrece a la divina Yang Kuei-fei y restituídla a nuestro Emperador.

Y el solitario de Ling-chun se abrió camino en el espacio infinito.

Y hendió el éter con la velocidad del relámpago.

Y en lo alto escudriñó el Gran Vacío Verde y en las profundidades, las Misteriosas Fuentes Amarillas.

Pero no encontró en ninguna parte a la favorita del Emperador.

Entonces recordó una isla encantada más allá de los mundos intangibles e incorpóreos.

Y en esa isla había pabellones con hermosas torres suspendidas en la deslumbrante claridad del espacio.

Exquisitas inmortales dormían el profundo sueño de los siglos en medio de los jardines.

Y una de ellas, la Eternamente Fiel, de mejillas de nieve, se parecía a Yang Kuei-fei.

El monje se encaminó a la reja de oro del palacio y llamó a la puerta de jaspe.

Y preguntó por la doblemente Perfecta.

La hermosa, al oír a un enviado del Emperador de la China, despertó de su sueño bajo el florido dosel.

Y abandonó su lecho de jade.

Y entreabrió los cortinajes de perlas y el biombo de plata.

La nube de sus cabellos flotaba al viento de lo eterno.

Y sus adornos aún no estaban bien prendidos cuando apareció sobre la terraza.

*Una leve brisa agitaba sus vestidos y murmuraba a su alrededor,
como si ella estuviera danzando todavía La Túnica del Arco Iris o
El Vestido de Plumas,
las canciones inolvidables que inspirara al Emperador la Reina de
la Luna.*

*Y las gotas de llanto se escurrían por su rostro entristecido,
como las lluvias primaverales por los tiernos capullos del peral.
Pero el amor brillaba en lo más profundo de sus ojos al inclinarse
ante el mensajero de su Señor.*

*Y en ese instante, el rostro y la voz del Emperador le parecieron
recuerdos muy lejanos desde su cruel separación.*

*Desde aquella cruel separación que tronchó la felicidad en la Cor-
te del Sol Resplandeciente,
y que después hiciera tan largas las mañanas y los atardeceres en el
Palacio de la Montaña de las Hadas.*

*Entonces, volvió la vista hacia la tierra desolada y trató de distin-
guir la capital.*

Y vió sólo una nube de polvo desgarrada por la bruma.

*Y entregó al mensajero las pruebas de amor que celosamente con-
servara:*

Un cofrecillo de nácar y un alfiler de oro.

*Pero guardó un trozo del alfiler y reservó para sí una parte del
cofre.*

Y quebrando el oro y el nácar, dijo:

—Nuestras almas deben estar juntas como este oro y este nácar.

*Y en el Palacio de la Larga Vida,
en el secreto y la calma de una noche,
nos prometimos encontrarnos
como dos pájaros con las alas de uno sólo,
en el azul del cielo,
o como dos ramas de un mismo árbol, en la tierra.*

*Pero la tierra permanece en su sitio,
y el cielo, en su inmensa lejanía.*

Mas, alguna vez ambos concluirán.

*Mientras que este dolor sigue y sigue por siempre
para no terminar...*